

AGRADECIMIENTO A LOS QUE SIN SABERLO CONMUEVEN SENTIMIENTOS

M^a del Pilar Fernández López

Cierto es que cuando uno es pequeño no es consciente de lo que algunos objetos o símbolos representan para las personas mayores. Eso es precisamente lo que he podido comprobar a partir de un suceso que me ocurrió a mí no hace mucho tiempo, pero sí bastante lejano para otros.

Todo empezó cuando apenas levantaba un palmo del suelo, cuando los días de invierno eran fríos y yo salía del colegio para irme a comer a casa de mi abuelo. En estos días tan especiales para mí, mi abuelo solía encender una chimenea que tenía en su casa, porque sabía que a mi hermana y a mí nos encantaban las panchas de maíz asadas. Pero eso es lo que él creía, aunque lo que en realidad nos gustaba era que acompañara la comida con sus historias de cuando era niño como nosotras, de cuándo era un joven, etc.

Sin esas historias el maíz no sabía igual.

Ya sé que la vida de muchos de los abuelos, también fue bastante dura, por los tiempos tan difíciles que se vivían, pero yo quiero hacer especial hincapié en la vida del mío, para que todos vosotros podáis entender lo que a continuación se describe.

No fue sólo en uno de esos días de lumbre cuando mi abuelo nos contaba la historia de su niñez con su madre, sino en varios días, ya que todo cuanto vivió con ella fue bastante intenso.

Contaba como acompañaba a su madre a todos sitios de pequeño, como la ayudaba en sus tareas, como ella le animaba a estudiar, en definitiva como su madre era el consuelo de su vida. También me acuerdo de forma algo confusa y vaga de un recuerdo que él tenía sobre la casa de un médico de Cabra del Santo Cristo, donde al parecer su madre trabajaba sirviendo cuando era algo más joven. Pero todo esto quedó truncado cuando él apenas tenía diez años, ya que una extraña enfermedad en esos tiempos se apoderó del cuerpo de esa mujer, dejándolo a él muy desolado, sin una madre.

Siempre me dijo que ojalá la hubiera conocido, que le recordaba tanto a ella... la forma de mi cara, mi nariz, etc. La verdad yo sentía gran curiosidad por ver si eso era cierto.

Pero un día sentada junto al brasero, alcé la vista hasta el mueble y pude ver una vieja y borrosa foto de alguien bastante parecida a mí. Pude saber que esa era la protagonista de todas esas historias que mi abuelo me había estado contando hasta entonces. Pero que pena, era una antigua foto que él conservaba donde apenas su rostro era visible. No tenía ninguna otra y era el único recuerdo que conservaba de su madre.

El tiempo pasó y yo me convertí en adulta y él poco a poco en un abuelo adorable.

Las circunstancias hicieron que un grupo de personas se pusiera de acuerdo para publicar unas bonitas fotos de un médico residente en Cabra del Santo Cristo hace algunos años y enamorado de la fotografía de la época.

Yo, como curiosa que soy, quise hojear ese libro donde están las fotografías. Pasaba las páginas mientras mis ojos disfrutaban de esas imágenes que te hacían transportar algún siglo atrás, pero al pasar una de ellas, en concreto la número 242, tuve que detenerme forzosamente porque la imagen me resultaba algo familiar aunque no sabía bien de qué. La miré durante unos segundos y enseguida pensé, no puede ser, parece mi bisabuela.

Si ella era de Bélmez y esto es en Cabra, algo no concuerda. Enseguida recordé el calor de la lumbre, el olor a panochas asadas y las historias de mi abuelo. ¡Claro!, ahora recuerdo aquel día en que mi abuelo me contó donde trabajaba su madre. Además las fechas concordaban con exactitud. La inquietud se apoderó de mí, necesitaba confirmar mi sospecha, así que seguí pasando páginas y pude ver como también aparecía su rostro en algunas otras fotografías donde se podía ver como realizaba las tareas típicas de la servidumbre en esa época.

No hay duda pensé, así que me apresuré en sacar una en un tamaño mayor y comprarle un bonito marco. Estaba segura que era lo mejor que le podía ofrecer a mi abuelo.



Cuando llegué a su casa lo encontré sentado en su sillón como siempre. Me senté junto a él y sin decirle nada saqué la foto de la bolsa que la contenía.

Él miró al principio pero sin prestar mucha atención y me preguntó que eso para quien era. Yo le respondí diciéndole que era para él, que la mirase bien para ver si conocía a la mujer que aparece lavando.

Estuvo varios minutos callado, hasta que pude comprobar el brillo acuoso que apareció en sus ojos. ¿De dónde la has sacado? Me preguntó. No estoy segura si esa es tu madre, le dije yo. Entonces alcancé la borrosa foto que tenía él encima del mueble, para poder comparar. Era incluso una porción de la misma foto, pero ya desgastada por el paso del tiempo.

Sí, es ella, me dijo. ¿Dónde estaba?. Le expliqué quien era ese enamorado de la fotografía y en seguida lo comprendió todo.

Tiene la foto en el salón, en el sitio más visible y los libros de fotografías al lado, los cuales hojea a menudo para ver si descubre alguna otra donde ampliar el recuerdo de esa maravillosa mujer, su madre.

Desde aquí dar las gracias a todos aquellos que han hecho posible este suceso, porque me han ayudado a dar a mi abuelo una de las cosas que sin su ayuda jamás hubiera sido posible.

Gracias por permitir que algunos ojos se humedezcan al contemplar el paso del tiempo.